

De seis a dos

Estaban cansadas. El trabajo había sido agotador. Los botes no habían dejado de pasar humeantes por la cinta mugrienta que les recibía cada madrugada. Las hermanas sabían que pronto darían las dos y encontrarían esa libertad que tanto ansiaban. Los minutos las contradecían convirtiéndose en plumizas horas. No siempre había sido así en la famosa fábrica conservera calagurritana. Hubo un día en el que la amistosa charla entre compañeras había hecho que el reloj se apresurase; pero eso había cambiado desde que llegó ella. Hacía rato que no escuchaban a la histérica encargada bramar por los pasillos. A las dos serían libres. A partir de ese momento, nunca nadie sabría lo que habían hecho. Al menos hasta que en el próximo turno alguien abriese la olla en la que se cocían los botes. Pero de todas formas serían libres.